

La salud de los niños. Aura y signo del bienestar del hombre

*La libertad y la salud se asemejan:
el hombre sólo percibe su presencia cuando están ausentes*

Henri Francois Becque

Leopoldo Vega Franco

Mediante nuestra capacidad de introspección percibimos la salud como un fragmento del mundo subjetivo del que sólo tomamos conciencia al no disfrutar de los dones que le acompañan, como acontece a un recluso que ha perdido la libertad. En cambio, nos percatamos de la salud de los niños de manera objetiva: inferimos que es la condición necesaria para hacer crecer y desarrollar cabalmente sus potencialidades durante el curso evolutivo mediante el cual alcanzan su madurez. Tal vez, por lo disímil de estas percepciones los adultos sólo advertimos el significado de la salud al dejar de sentir el silencio placentero de nuestro organismo y la manera en que declina en nuestro ser la voluntad y el vigor para trabajar, para disfrutar la vida, y para compartir los elementos y circunstancias de la cultura, material y espiritual, en que se desenvuelve nuestra vida.

Pero a un lado de nuestro sentir acerca de la salud, está lo que ésta significa para cada uno de nosotros. Para Khaterine Mansfield,¹ poco antes de morir, la salud era la capacidad de “*entender y poder llevar a cabo una vida plena, adulta, estimulante, en íntimo contacto con lo que (se) ama*” y concluía diciendo “*quiero ser todo aquello de lo que soy capaz*”. En los niños, su desarrollo tardío para elaborar juicios respecto a conceptos abstractos impide saber lo que piensan respecto a la salud; sin embargo, para los adultos este atributo se expresa en la adquisición cotidiana de habilidades, en la asimilación de conocimientos nuevos y en la solución de problemas cada vez más complejos; mediante estas capacidades los niños gradualmente amplían su conocimiento del mundo que les rodea, adquieren la capacidad de relacionarse socialmente, de comprender los juicios de valor de la sociedad en que viven y de expresar sus potencialidades innatas y su creatividad en ciernes. Por eso, en ellos es fácil comprender el significado y la dimensión que la salud tiene en el lapso fugaz de su vida evolutiva; en lo

que no reparamos es en interpretar que la salud de la niñez es el aura, o el viento suave, que anuncia la salud del adulto. Veamos porqué.

Para asignar cualidades a los conceptos de **salud** y **enfermedad**, las personas formadas en disciplinas ajenas a la filosofía y a las ciencias biológicas suelen entrelazar ideas que emergen de las vivencias de su mundo interior, con preceptos religiosos, creencias, tradiciones, costumbres y percepciones del entorno que habitan, de esta manera expresan su opinión con la misma ligereza con la que hacen juicios acerca de tópicos que desconocen, pero forman parte de su vida, sin pensar que algunos de estos son los que dan identidad a su pueblo, son la fuente de su bienestar, otorgan valor a su vida y le dan un significado particular a la muerte.

Así pues, la palabra salud evoca ideas afines entre los grupos humanos expuestos a vivencias socioculturales análogas. En los que viven en la pobreza y la marginación prevalece un complejo sincretismo de creencias religiosas y pensamientos mágicos; es con base a este pensamiento que dan explicación a los incidentes que ocurren por el desafío de factores que interrumpen la tranquilidad de sus vidas poniendo en peligro su salud. Por esta razón suelen definir la salud como “*la ausencia de enfermedad*”: como si en ellos se arraigara la idea de que este atributo es un lapso efímero que ocurre de manera esporádica, en la interminable secuencia de padecimientos que les aquejan. Mora en ellos la convicción de que la enfermedad y la salud, son parte un mismo proceso (salud-enfermedad) y que ambos fenómenos están subordinados a circunstancias multifactoriales que inciden en su organismo de manera positiva o en forma negativa. Su sentir es que tales juicios son particularmente aplicables a los niños, a los ancianos y a las mujeres.

En los niños la salud transita por caminos diferentes. Mientras en el organismo se dan los ajustes fisiológicos y

bioquímicos que les permiten crecer y desarrollarse continuamente y de manera cabal, se intuye que la salud fluye en ellos sin ningún obstáculo; en contraste, cuando los agentes patógenos vulneran los mecanismos de defensa del organismo, dañan sus tejidos y alteran la función de sus órganos y sistemas, la enfermedad puede alterar el proceso evolutivo y el desmedro puede modificar permanentemente las características somáticas dispuestas en sus genes: como acontece en la desnutrición temprana, severa y prolongada. Por eso, preservar la salud de los niños significa fomentar el continuo devenir que los conduce a su destino biológico como seres humanos.

Los médicos dedicados a la pediatría, a diferencia de otros, están conscientes de que los niños requieren de un aporte de nutrimentos destinados a cubrir la demanda que ejerce su crecimiento físico y mantener un balance metabólico positivo; de lo contrario, saben que una ingesta deficiente de nutrimentos, hasta agotar las reservas corporales, puede modificar en el niño el medrar de su organismo. Tienen presente que si las enfermedades inciden en los niños por un lapso prolongado, el hipercatabolismo a que dan lugar se traduce en un balance metabólico negativo, que luego se expresa con manifestaciones de desmedro; sobre todo cuando coinciden ambas circunstancias: enfermedad y alimentación deficiente. Lo que con frecuencia se escapa a la percepción de los pediatras, en su preocupación por detener el curso de la enfermedad que amenaza la vida de los niños, es en el concepto bíblico de que *no sólo de pan vive el niño*. Por eso es útil recordar la frase de Aristóteles: *“La naturaleza del hombre no es cómo nace y crece, sino aquello para lo que nace”*. El niño es sólo una promesa de lo que será al concluir su destino: un hombre pleno, consciente de su responsabilidad como miembro de una sociedad.

Para lograr este objetivo es conveniente no perder de vista que la crianza de los niños no sólo implica fomentar su salud física para favorecer su crecimiento corporal, sino también implica propiciar el desarrollo de sus potencialidades: ayudarlos a discernir entre el bien y el

mal; darles, en el momento adecuado, la oportunidad de razonar las decisiones que tomen en su vida; alentarlos en la lucha por conseguir sus objetivos; compartir con ellos sus triunfos y estar a su lado en sus fracasos, y en su momento, apoyarlos para que enfrenten con vigor los obstáculos que la vida les depara. Aunque la ejecución de estas tareas es de los padres y no de los pediatras, no debemos ser ajenos a la importancia que éstas tienen en la salud mental de los niños y la trascendencia que pueden tener en su vida como adultos. El hecho de proveer a los niños un ambiente afectivo cálido y positivo, en su vida familiar y en las instituciones sociales en que se educa, consumará su desarrollo como ser social, pero también disfrutará del bienestar y la felicidad, como expresión de su salud física y mental. De lo contrario, cualquier evento que hiera su alma incidirá en su vida como adulto, ya que los motivos generadores de su conducta, algunos rasgos de su personalidad, sus temores, sus mecanismos de defensa y la manera en que interactúa con otros, tienen sus raíces ancladas en la infancia.

Por eso, ejercer el oficio de pediatra, no es sólo rescatar a un niño de la muerte, curar sus enfermedades, vigilar su alimentación y prevenir, mediante la vacunación, las enfermedades “propias de la primera infancia” —como se decía antaño—. Implica contemplar al niño en el presente sin perder de vista que su salud integral *es el aura que anuncia el destino del hombre*, y que su significado, ya de adulto, va a manifestarse en la conducta y desempeño que tendrá al lograr su madurez biológica. No en vano Santiago Ramírez afirma que: *lo que el hombre haga o lo que con él se haga, va a forjar su devenir, su suceder, su destino; es decir la praxis es devenir o la infancia es destino.*²

REFERENCIAS

1. Dubos R. El espejismo de la salud. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
2. Ramírez S. Infancia es destino. México: Siglo XXI Editores, 1975.